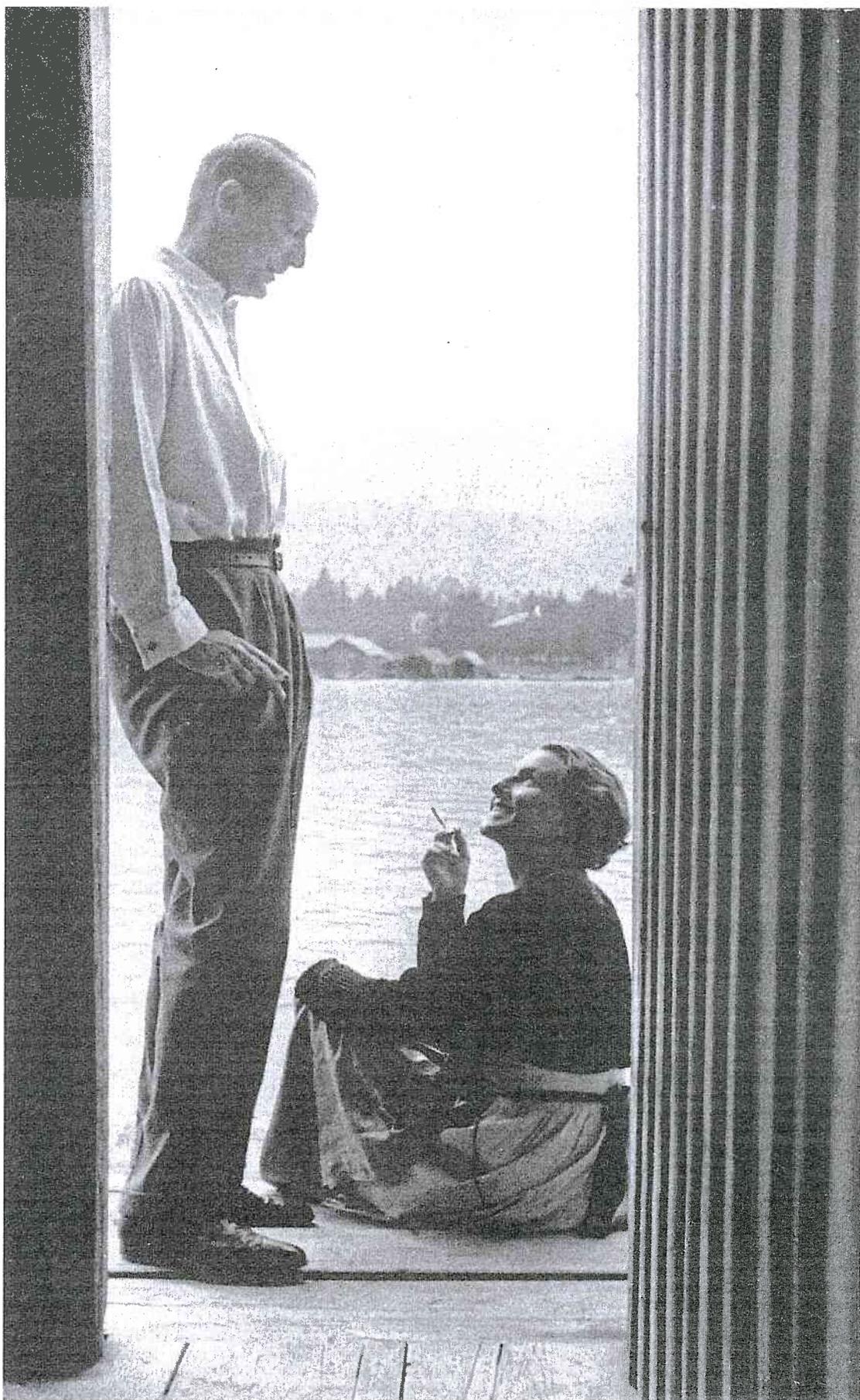


# Escrituras



PATROCINADO POR



Narrativa Lernet-Holenia se sirve de la tragedia de un joven alférez durante la extinción del imperio austrohúngaro para tratar la cuestión del honor

# Una época sin gloria

ROBERT SALADRIGAS

*El estandarte (Die Standarte)*, la novela que el autor vienés Alexander Lernet-Holenia (1897-1976) publicó en 1934 y que ahora se reedita es, como toda buena ficción centro-europea del periodo de entreguerras, una obra que admite varias lecturas. Reconozco que no había leído nada de Lernet-Holenia, pese a que en el prólogo Ignacio Vidal-Folch informa que "se han publicado en español seis novelas, entre ellas las mejores que escribió" este autor prolífico, de origen noble, que en la Gran Guerra luchó como voluntario en caballería, más tarde fue colmado de honores, declinó el puesto de embajador de Austria en Washington y ocupó con su esposa un apartamento en el palacio imperial de Hofburg. Dicho así, sin más, antes de emprender la lectura, lleva a pensar en un personaje legendario de la corte austríaca o en el protagonista de una opereta de los Strauss.

En definitiva todo artista, en este caso un narrador, solo se explica -y defiende- a través de su obra. Sin duda que Lernet-Holenia, hombre de firmes convicciones tradicionales en un pasado cercano pero no obstante remoto, escribió esta novela -al parecer la más relevante de su bibliografía- bajo la influencia emotiva de la primera catástrofe y la extinción del imperio austrohúngaro. En las primeras páginas, encabezadas por el juramento de lealtad de las tropas al emperador, el autor arranca con un procedimiento narrativo que da la medida de su talento. A los diez años del fin de la guerra el narrador conoce a su protagonista, el alférez y abanderado Herbert Menis, en una cena de oficiales. En el segundo capítulo Menis relata su historia al narrador, es decir, a nosotros, que no es otra que la indigna derrota del ejército imperial y la disolución de la monarquía absolutista que hasta la guerra había encarnado la pujanza de la Europa del siglo XIX. Era el mundo cuyo sentimiento de pérdida tan magistralmente describió Stefan Zweig en *El mundo de ayer*. Este es el escenario histórico donde se desarrolla la novela. Ahora bien, el asunto principal que marca la tragedia del joven alférez Menis es otro, menos

espectacular pero más inasumible: el deshonor. En los últimos instantes, mientras los regimientos austríacos cruzan por los pontones del Danubio para llegar a Belgrado y dirigirse al frente que se derrumba, parte de las tropas se amotinan y se produce una horrible matanza entre camaradas. Es el final. Cuando Herbert Menis que ha logrado sobrevivir y rescatar el estandarte de su regimiento y con él enrollado a su cuerpo consigue volver a Viena, no sabe a quién entregarlo. El emperador abandona el palacio de Schönbrunn rindiéndose a los "revolucionarios". Menis constata entonces, humillado, que todo cuanto vive es real; de repente el cielo se abre sobre su cabeza y el universo entero se viene abajo aplastando al indefenso ciudadano anónimo, símbolo de "un fin de casta de una época sin gloria" dice Herbert Menis/Lernet-Holenia. Y reconoce que "mis manos solo eran las de un alférez de un regimiento amotinado". ¿Para qué había combatido? ¿Qué sentido tenía la herida que había puesto en riesgo su vida? ¿Cómo los individuos o los pueblos pueden sobrevivir sin honor?

Para resaltar ante nosotros la trascendencia de esa cuestión de

De origen noble, en la Gran Guerra luchó en caballería; declinó después una embajada y vivió en el Hofburg

fondo, Lernet desarrolla una segunda línea narrativa. Solo pisar Belgrado, el alférez Meni se enamora arrebatadamente de Rosa Long, una hermosa dama de la corte de M.<sup>a</sup> Antonia de Austria. Para poder verla comete locuras, pero de pronto esa romántica historia de amor se disuelve en el relato de la tragedia patriótica. Meni se siente incapaz de prestar atención a la muchacha cuando acaba de arrojar el estandarte del honor a las llamas. Ante las cenizas se descubre huérfano. La joven Rosa Lang está junto a él, de pie, mirándole. Todo ello pertenece a un mundo extinto, pasado de moda, descrito por un autor impresionista que supo revivirlo en la fiebre de su escritura. |

Alexander Lernet-Holenia  
**El estandarte**  
Prólogo de Ignacio Vidal-Folch.  
Traducción de Annie Roney y Elvira Martín

LIBROS DEL ASTEROIDE  
331 PÁGINAS  
19,95 EUROS

Alexander Lernet-Holenia con una mujer no identificada en una casa a orillas del lago Wolfgangsee  
ALFRED EISENSTAEDT / GETTY IMAGES

Latidos

Concha, librera de Oviedo  
SERGIO VILA-SANJUÁN

A sus 78 años, Concha Quirós, directora de la Cervantes de Oviedo, es posiblemente la decana de los libreros independientes españoles. Casa vez que voy a la capital asturiana rindo visita a este palacio de la letra impresa que, con sus cuatro plantas, sus departamentos especializados y sus veinticinco personas en nómina, es una referencia en el panorama peninsular y ofrece un nivel de gran capital europea.

Concha es hija de un librero histórico, Alfredo Quirós, que fundó el negocio con veinte años; a su regreso de Cuba. En su despacho guarda un retrato del padre, que ataviado con una corbata de pajarita, guarda un cierto parecido con don Julio Caro Baroja. También allí conserva su vieja máquina de escribir y el amplio fichero de madera, con fichas en cartulinas rosas y azules de las obras de antaño.

Cuando la escritora asturiana Dolores Medio ganó en 1952 el noveno premio Nadal con *Nosotros, los Rivero*, Alfredo Quirós cogió el tren "Shanghai" de interminable recorrido, se fue a Barcelona, le compró a Josep Vergés quinientos ejemplares en firme (quinientos ejemplares de aquella época), y volvió a su ciudad, adelantándose en quince días a los demás libreros locales, que esperaban la distribución convencional de esta *Nada* ovetense.

También Concha se adelanta cada año en conseguir que el ganador del premio príncipe de Asturias de las Letras vaya a firmar a su establecimiento. Paul Auster, entre otros, lo hizo. Este año fue Muñoz Molina quien se sentó dos horas y media a cumplir con el rito. "Uno de nuestros clientes se empeñó en que le firmara uno por uno los más de veinte libros suyos que tenía en casa. Y como era un comprador veterano, claro, no nos opusimos", explica.

Las presentaciones y actividades son constantes y en la Cervantes se esmeran en el escapatismo. Además han abierto un espacio anexo, El Búho Lector, consagrado a la literatura infantil.

Quirós ha tenido algunas ofertas de compra del espacio, que no han llegado a buen puerto porque siempre ha querido conservar a su equipo, varios de cuyos componentes le acompañan desde sus inicios, y porque "¿qué haría yo sin vender libros, que es mi vida?". Con su amiga Estrella García, de la también estupenda y premiada librería Oletum de Valladolid, crearon la asociación Librerías con Huella.

Está muy preocupada con la situación actual y realmente indignada con los poderes públicos. "La venta de libros a las bibliotecas nos ha bajado en un 90 por ciento", señala. Se suma a las denuncias de tantos colegas respecto a que en España, a diferencia de países ilustrados como Francia o Alemania, no se está articulando una política de apoyo a su gremio: sea en forma de bonos a los lectores, "o lo que sea". Y yo me adhiero: las buenas librerías son indispensables para la vitalidad de nuestra cultura, y viendo monumentos al oficio como la Cervantes de Oviedo está claro que hay que cuidarlas y conservarlas como auténtico oro en el mejor de los países.



Concha Quirós en la librería Cervantes de Oviedo